

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
COMISION DE ALAVA



**Aspectos sobre la moda e indumentaria
del siglo XIX**

Juan José Urraca Tejada

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

El día 25 de abril de 1989, presentó su trabajo de ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, D. Juan José Urraca Tejada.

Su intervención tuvo por título: «Aspectos sobre la moda e indumentaria del siglo XIX» y se celebró en el Palacio Escoriaza Esquíbel.

Fue presentado por el Amigo Miguel Zurita Sáez de Navarrete.

El Presidente de la Comisión de Alava, Juan Antonio Zárate, impuso al Sr. Urraca la Medalla de la Sociedad.

Aspectos sobre la moda e indumentaria en el siglo XIX

EDITA:

Real Sociedad Bascongada
de los Amigos del País

IMPRIME:

Imprenta Pradells, s.l.
Miravalles 3
01013 Vitoria-Gasteiz

DEPOSITO LEGAL:
VI-84-1990

Presentación que hace Miguel Zurita Sáez de Navarrete del nuevo socio, Juan José Urraca Tejada

Cumpliendo con una grata obligación, tengo hoy el honor de presentar a la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, a Juan José Urraca.

En una anterior presentación de otro AMIGO (la de Alvaro Vidal Abarca), expuse cuál es el significado estatutario de este acto.

Sin embargo, y al margen de los Estatutos de nuestra Sociedad, existe la costumbre, que tanta importancia tiene en Euskalherria, sobre todo si comparamos su vigencia con el resto de los pueblos del estado francés —tan legalista— y del reino de España. La costumbre es la siguiente:

Una persona se acerca a nuestra Sociedad e ingresa en ella como socio, participando en la vida de la misma activamente, bien sea dictando conferencias, interviniendo en sus tertulias o, simplemente, asistiendo a los actos que la Bascongada organiza.

Una vez que ha pasado por este «noviciado» y acredita su amor al País de cualquiera de las infinitas maneras que esa expresión tan humana —el amor— es capaz de adoptar, algunos de los socios son invitados a presentar un trabajo que les permita adquirir la condición oficial de «amigo».

No es cuestión ahora de señalar las maravillas que tienen que hacer los miembros de la Junta para, en algunos casos, posponer dicha invitación a determinadas personas, como las presiones que tienen que hacer a otras para que presenten su trabajo.

Consecuentemente, se puede decir que dentro de la Bascongada sólo están amigos del País, pero es evidente que ni todos ni los más relevantes están en ella.

Lo que sí es manifiesto es que, dada la idiosincrasia de esta tierra, la mayoría de los amigos lo que procuran es hacer bien (yo diría que muy bien) el trabajo que su vocación, el destino o Dios (para los que en El creen, como yo), se les ha encomendado para así hacer avanzar el País y un poco más todavía, que consiste en alguna actividad al margen de dicho trabajo dedicado a conocer y dar a conocer lo que aquí o fuera de aquí ha ocurrido, ocurre o puede ocurrir.

Y este es el caso del hombre que hoy os presento. ¿Cuál ha sido su trabajo?

Cursa su bachillerato en la Vitoria que le vio nacer. Realiza estudios profesionales en Barcelona y París y, en 1971, vuelve a nacer.

Me explico. Durante seis meses —de junio a diciembre de 1971— lucha por su segunda oportunidad en Madrid viviendo —es un decir— bajo una bomba de cobalto, y al fin le gana la partida a quien jamás hasta ahora la suele perder: el cáncer, y para más detalles en el sistema linfático.

Ya en esta segunda vida comienza a trabajar en KAS y, posteriormente —en el 74— abre su primer negocio. Tres años más tarde abre un segundo y, hace un año exactamente, abre su tienda, su preciosa tienda, en General Alava.

Una vez expuesto el «primum vivere», pasamos al «deine filosofare». Este «filosofare», lo hace a través de sus escritos, de su obra pictórica y de su vocación deportiva.

A los 22 años se inicia en sus colaboraciones periodísticas en «El Correo», y unos años más tarde pasa a colaborar en aquel querido , provinciano, conservador, agudo y punzante «Norte Exprés» con el seudónimo de Luis María Astiz.

Ya renacido, escribe y edita su primer libro «Vélez, un ciclista». En 1982 gana el primer Concurso Ciudad de Vitoria con su trabajo «Espaldarazo de tinieblas».

Unos años más tarde de la muerte por inanición de nuestro único periódico, vuelve a colaborar en «El Correo» con esas, yo me atrevería a llamarlas, confesiones en las que nos muestra en toda su desnudez, ese alma buena, generosa y polifacética, que se llama Juan José.

Mientras tanto ya ha editado dos libros más: «Viejo y nuevo Gasteiz», 1985, y «Espaldarazo due», 1987. De nuevo en 1988 gana con su poesía «Oquedades de nostalgia» el Concurso de la Ciudad de Vitoria, y hoy está colaborando con DEIA.

Por lo que se refiere a su afición primero, vocación después, auténtica profesionalidad por último, a la pintura, les diré que se inicia a la tierna edad —como antes se decía— de los catorce años, si bien 3 años más tarde la abandona no volviéndose a encontrar con ella hasta transcurridos 22 años. Y yo creo —Juan José— que desde 1978 que con ella te casaste no la abandonarás hasta que la muerte os separe, y eso porque en el arte cabe la poligamia, y el que te dediques a la literatura no impide que tu matrimonio con la pintura tenga plena vigencia.

Es esta profesión la que le ha permitido exponer, en numerosas y acreditadas salas, sólo o acompañado con los mejores acuarelistas del país, y llegar a finalista en varios Certámenes Nacionales.

Y me queda informar a este tan respetable público en general y a los Amigos en particular de su llamada al deporte.

En 1968 preside la Federación Alavesa de Ciclismo, de la que pasa, dos años más tarde, a vocal de la Federación Española. Les siguen sus siete años en KAS para terminar (qué bobada habría escrito «terminar», contigo todo «continúa»), así pues para continuar en 1983 como concejal de nuestro Ayuntamiento y primer Presidente del Instituto Municipal del Deporte.

Pero ésta ha sido hasta hoy su biografía exterior. Junto a ella existe una biografía íntima, que no se reduce a su mujer y sus 6 hijos, sino que también nos la ha mostrado a través de su obra, a los que a ella nos hemos acercado. Es esa sensibilidad entrañable para captar la poesía que todavía queda en esta noble, antigua y nueva Gasteiz, de manera particular, en el País Vasco en general y en algunos lugares del mundo de los que Juan José se ha enamorado.

Recuerdo que hace unos años le escribí que a través de sus acuarelas había descubierto íntimos encantos de esta Vitoria que hasta entonces no había apreciado en todo su valor.

Aquí tenéis pues, a este honrado comerciante, intimista pintor, sensible poeta y escritor que, a juicio de este presentador, tiene sobrados méritos para ser un AMIGO más de esta bicentenaria Real Sociedad.

**Aspectos sobre la moda e
indumentaria en el siglo XIX**

PRELUDIO

Me dispongo a enfrentarme a la ardua y comprometida tarea de ser presentado en sociedad —en ésta tan legendaria cuyo nombre lo abarca y lo llena todo: Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País— no sin desasosiego, desparovido por el eterno qué dirán o diréis quienes me honráis con vuestra presencia, consciente finalmente de la responsabilidad que adquiero, tanto como del peso que descargo de encima al haber intentado cubrir una etapa que, a muchos honorables vitorianos, les ha correspondido antes que a mí.

Soy una persona dada a participar calurosamente, pero eso sí: necesito para ello que el clima esté creado, el ambiente caldeado, la atención solícita. De ahí que no sepa cómo iniciar la lectura de un trabajo que ha pretendido ser instructivo, enriquecedor y, sobre todo, ameno. No es sencilla la labor de investigador y de recopilador, gestión harto poco ensalzada en quienes la ejercen como profesión pero mucho más como pasión de vida. Yo recuerdo, en este instante, a un político joven, presente, cambiante incluso en su ideología —Jorge Vestringe— que una vez llegó a engatusarme con una frase que, tendría que dar por supuesto, no era suya: «Lo que cuenta es el pasado, ya que el presente siempre estamos gestándolo y el futuro qué será...». Y es máxima que me ha venido a las mientes porque yo, para discursar aquí, he recurrido socorridamente al pasado. Un pasado embriagador, pleno de hitos históricos, que yo he bebido en todo instante y al que, de por vida, me siento ligado por un cordón umbilical indestructible.

Tendría que ser actitud de hombre escrupuloso ordenar las ideas. Y eso hago. Preguntándome: «¿A quién o a quienes debo yo este honor? ¿Qué personas, sin sonrojo por su parte, deben ser imperiosamente recordadas por mí ahora mismo? ¿Y qué instituciones?». Pues es muy sencillo el capitular mis reconocimientos y gratitudes. Comienzo. Agradezco a la Bascongada y a su Presidente, Juan Antonio Zárate, que me hayan inculcado este privilegio; y a José Manuel López de Juan Abad, que un buen día y a lo largo de una cena (de hermandad habría que decir) me sugirió que hablara de lo que luego hablaré: de indumentaria; y a Cristina, reconocida portavoz y aña suavísima en sus llamadas, en sus recordatorios o en su hablar que no entiende otra cosa que no sean sonrisas. Y, cómo no, a Pilar Aróstegui, entrañable amiga y eficaz colaboradora mía desde que un día fui tentado por gozar y penar desde una concejalía... Finalmente, y tras el lapso de silencio que ya habréis percibido, tengo que decir muy poquito, muy poquito de mi presentador, Miguel Zurita. Pero dando a entender que poquito no significa que no sea sustancioso, certero y comprometido para su sensibilidad. Miguel y yo hemos sido durante muchos años algo así como extremos que nunca se tocan, vitorianos que estaban y no estaban, incoincidentes. Hasta que un día supe de la benevolencia que se escondía en su rigor profesional y, tiempo más tarde, en circunstancias penosas, la solidaridad que hubimos de desplegar ambos me hizo a mí comprender algo muy esencial: cómo, a veces, en el silencio, en pocas palabras se esconde un hontanar que propicia la admiración y la amistad. No me enrojece confesar que, entre tantos amigos que hubieran accedido a presentar a este hombre inquieto y enredador que os habla, yo elegí a Miguel: en memoria, precisamente, de esas efemérides que por pudor os he revelado en clave.

Me queda anunciar por qué razón yo he deseado mentar la indumentaria en el siglo XIX. Pero como un preludeo es también un respunteo, un avance, dejo para más tarde el desarrollo de este voluntario deseo. La espita la encendió mi inspirador (como ya he advertido); el contenido lo pongo yo que, como suele suceder, he apelado a espigar aquí y allá en un remedo de ratón de biblioteca que, si he de ser sincero, nada me atrae. Mis padres, mis abuelos, los suyos... después de siglos cumpliendo con la obra de misericordia que reza «vestir al desnudo» me merecen un estremecedor respeto. Son por este motivo como unas inesperadas honras a quienes nos dieron una vida, después de haber pasado las suyas por la fatigosa noria del sufrimiento, por el rellano gozoso del cumplimiento de un deber y de un legado.

Mi sentido del respeto y de la vergüenza me impide decir nada en vascuence. Una lengua que es de todos, que la siento mía y muy mía, pero que jamás llegué a dominar. No hacerlo, es romper la tradición de mis antecesores en este estrado;

demostrar miedo o cobardía o eso que tanto se da en mí: el ridículo. Sé que me comprenderéis, porque no hay trastienda en mi intención ni doble vertido en mis palabras.

MODA COMO DEFINICION

Durante el siglo pasado, vestirse era obligación inexcusable por razones bíblicas de cubrimiento, y hacerlo bien, decorosamente, un sello de distinción, de coquetería, de personalidad. El hombre —porque yo voy a referirme siempre especialmente al hombre, que es de lo que entiendo algo— pudoroso además, siempre ha estado en ese tris balanceante: o pecar de aliñado, sin límites en su búsqueda de decencia indumentaria, o lo contrario: convertirse en un desarrapado, en un adán, en un individuo descuidado. ¿Qué nace de ahí, después de tanto machacar con la misma piedra? No tanto aquella apostilla de «el hábito hace al monje» como ese intangible, inanimado y vacuo concepto de (la) moda. Algo que, todavía hoy, moviliza el asombro. Llegados a una conversación seria sobre ese tema, y en cualquiera de los círculos que el desarrollo que aquel tuviera lugar, la pregunta sin respuesta que se formularía sería ésta: ¿Qué es la moda, qué es la moda?».

No sería lícito que uno, en sus modestos conocimientos sobre el particular, y teniendo que hablar de vestimenta, indumentaria y sus tendencias, no realizara un estudio, lo más sucinto posible, sobre ese término que a tantas personas deja estupefactas y al borde de la incompreensión.

Por supuesto mis teorías sobre moda son muy peculiares, hechas de raciocinio y de tradición familiares. Tan peculiares, que por sí solas no contentarían a nadie. De ahí que las citas a las que he accedido pueden ser, en este caso, la fórmula mágica con la que deba enriquecer el batiburrillo que voy a mostraros. Esa ciencia, que como todo en la sociedad, tiene su cronología, despertaba inquietudes de antaño. Yo, por autoprescripción, no allanaré la frontera del siglo XVIII: me limitaré a fertilizar los conocimientos sobre este vocablo y su significado a partir de la fecha (o época) que me he impuesto: el XIX. Sin embargo, seguro estoy de traicionarme a mí mismo, ya que, como un reguero de intenciones heredadas, advocaciones de la moda ceñidas a ese espacio secular que me preocupa, serán pertenencia o hallazgo de otros tiempos pretéritos.

Nadie ha sido, en principio, capaz de definir la moda con solidez. Hay muchos, incluso, que consideran una frivolidad ocuparse del tema. Pero al igual que Humberto Eco, cuando le preguntan: ¿Qué es un artista?», responde: «El que hace arte», y cuando, insistentemente, le formulan: «Y, ¿qué es el arte?», él contesta: «lo que hace el artista», de igual manera cabe expresarse respecto a la fri-

volidad, porque quienes tildan la moda alegremente como una frivolidad son incapaces de decirnos qué es y qué significa ese concepto: frivolidad. Quizá por razones de puro rejuvenecimiento o de osadía juvenil, la moda es a veces frívola, casquivana, necesaria de esa guisa. Daríamos así la razón a Voltaire cuando manifestaba congratularse por el hecho de que la naturaleza nos hubiera concebido a todos secretamente frívolos «porque si no lo fuéramos —dijo— la mayoría de nosotros nos colgaríamos de una viga». Dijo también Voltaire —y no quiero que se me escape— refiriéndose a la fémina: «la mujer hermosa que tiene talento, no envejece: pasa de un trono a otro trono». Y yo me pregunto si el sabio, en esta ocasión, no pensó al aseverar tal halago para la dama en general qué supone, al saltar de un trono a otro trono, la incidencia de la buena presencia, de la pulida expresión corporal, de los trapos bien vestidos.

Muchos ilustres personajes y de probado ingenio, profundos como el que más, se han esforzado por entender qué es exactamente la moda. Chamfort aseguraba con sarcasmo que el cambio de modas era el impuesto que el talento (de nuevo el talento) y el trabajo del pobre le cobraban a la vanidad de los ricos. Sin embargo, gentes que por carencia de verdadera educación, y por su origen, no se hallaban dispuestas al empleo de términos sutiles —y éste era el caso de la costurera mayor de María Antonieta—, han frizado de cerca alguna que otra interpretación definitiva. A la reina, en esas comidillas y comentarios que se producen entre clienta y modista en las pertinaces pruebas de vestidos, le asaltaba esta inquietud: «Rosa —preguntaba María Antonieta a su costurera— ¿cómo me definirías la novedad, la moda?». Y aquella, con la parsimonia apaciguada de quienes saben el antiguo oficio de clavar y desclavar alfileres, de respuntes y de bastillas, respondía conforme a lo que su práctica sabiduría le dictaba: «Majestad, sólo es novedad —el concepto de moda lo soslayó— aquello que por viejo, ya habíamos olvidado».

Yo hago un inciso en cuanto a la etimología de la palabra. Y tras esa reacción mental surgida ahora mismo, pero instantes después de haber analizado las cuatro letras, las dos sílabas de moda, me percaté de que muy posiblemente el origen creador de moda como concepto, como unidad en nuestro vocabulario, parte de Modo. De ser así, hénos ante una palabra que como definición de este título tan ambiguo que tratamos, consiente haber sido trasladada al más correcto de los feminismos, o de las feminidades para ser más cabales. Moda tendría que ser por tanto el femenino de modo. Se ha de suponer que en su gestación, esa coqueta preocupación de vestir pulcro, epatante, distinto, fue cosa de damas. Pero no puedo descifrarlo ya que mi empeño no pretende hacer concesiones a otras épocas que no sean la pretendidamente elegida: la que abarca todo el siglo pasado.

A pesar de mis buenas intenciones, y de la misma forma que se nos cuegan definiciones extratemporales —pronunciadas antes de este espacio iniciado en 1800— no me resisto a arbitrar opiniones más recientes cuya autoría y tino son absolutamente aprovechables. No olvidemos al poeta, con una perceptible sensibilidad para preceptuar cualquier paño, tanto el que se guardaba en buen arca como el que por excesiva popularidad enaltecía y convertía en esencial fascinación a quien —dama sobre todo— lo lucía de manera insinuantemente natural. Cocteau aplicó al concepto moda dicerios que otros poetas habían pronunciado antes sobre las flores y las mujeres. «La moda muere joven —dijo—. Por eso hay que tomarse tan en serio su aparente fragilidad». Otro poeta también —Pierre Reverdy, eterno enamorado de Coco Chanel— se atrevió a asegurar que «la moda es lo primero que se pasa de moda». Aunque para menguar el efecto de una expresión que pudiera aparentar ligereza, decididamente frivolidad, y yo pienso que hasta por autoestimación muy consecuente, remató brillantemente una exposición más global de un criterio serio. «A la larga —manifestó— la moda sale siempre vencedora del tiempo».

Yo desearía que quienes me escucháis, al salir de este aula, tuviérais la agradable sensación de haber aprehendido el mundo de la moda y sus orígenes, una abultada comprensión de su significado, después de un buceo quiromante por sus ancestrales y profundos abismos. De ahí que, nuevamente, retroceda en el tiempo, para evitar el desperdicio que supondría no convenceros, después de haber intentado seduciros. Y he de remontarme, irrespetuosamente, nada menos que al siglo XIV, cuando justamente incipian lo que podríamos denominar clases burguesas. Según Max von Boehm, la «Moda propiamente dicha, esto es, en cuanto a serie de cambios continuos y consecutivos se refiere, brota a partir de que la ciudad, al convertirse en centro de la vida cultural y social, desarrolla evidentemente formas burguesas de vida». Con todo, será la Revolución francesa la que definitivamente establezca el mecanismo de la moda como vehículo de socialización, con caracteres de ineludible obligatoriedad para la que, desde entonces, se constituye en clase dominante. La Revolución Francesa trae consigo una radical evolución en la vestimenta, bien evidenciada —curiosamente— en las imágenes que Goya nos ha legado. El siglo XIX va a nacer con una «Moda al estilo de París» —eco que tanta fuerza da todavía hoy a la capital de la LUZ— en irremediable perdición. De aquel siglo —el XVIII— y de las personas que fueron obligados adalides de la moda, nos queda un recuerdo que, al plasmarlo en ideas escritas, posee aún un encanto especial. Se operaba una alternancia de actitudes que hoy estimaríamos sociológicas. La moda sufre un cambio drástico, haciéndose hereditariamente compulsiva. Si antes solían sus alternativas producirse en respuesta a un afán de distinción, a la imitación adulatoria de los pode-

rosos con quienes se deseaba identificarse, a la vanidosa ostentación, a la fantasía y al capricho, de ahí en adelante se convertiría en norma preceptiva para la «gente decente» —entrecornillo «gente decente»— en esa tiranía de la moda, a la que era necesario someterse aún, en innumerables ocasiones a costa de inauditos sacrificios. Porque mientras las clases «inferiores» eran libres de vestir a su manera los señores —o señoritos— tenían que plegarse a la moda, por más que ello fuese en detrimento del estómago. ¡Con cuánta frecuencia nos ha expuesto esta miseria la novela del siglo al que yo quiero referirme: el XIX!

Los albores del XIX desconocen posiblemente, aun en mentes guarnecidas por la intelectualidad, otros conceptos que puedan alumbrar una más amplia visión de la moda. No se ignora que ésta esté relacionada con la cultura, pero sí, si acaso, que aquella sea una conversión hacia una canalización de transmisiones profundas. No pueden tampoco vislumbrar que la idea de moda lo invada todo, porque no es llegado el momento, ni su influjo se halla tan empapuzado. Moda equivale en algunos idealistas a frivolidad (ya estamos a vueltas con ella), hasta el punto de aseverar que es lo más importante de la sociedad. No faltándoles razón si se escuchan sus argumentos, que son estos: «El individuo es sustituido por la persona, convirtiéndose, consecuentemente, en algo parecido a la máscara». Cómo se va a pensar entonces en que, por el fenómeno de la moda, lo que se está enunciando es una ley inofensiva, en la que el cambio por el cambio o la vuelta insulsa al pasado, es un «leit motiv» a tener muy en cuenta. Si acaso aceptarían ya entonces que, «el hombre de una u otra manera, se entiende a través del juego de vestir y desvestir, perteneciendo al mundo de la cultura porque la moda es ante todo ceremonia, rito o expresión de gustos, de angustias que se liberan, de extensión del propio cuerpo y de comunicación no verbal con el resto de los hombres».

Antiguos y modernos —y éste quiere ser el broche a una definición que os he expuesto— admitieron y admiten que «entre la moda vista como liberación personal y lo que está detrás como moda como obligatoriedad» existe una tensión muy fuerte cuya canalización ha de apropiársela cada uno como le sea posible o dado.

INDUMENTARIA Y TENDENCIAS EN EL XIX

A modo de preámbulo he esbozado las razones poderosísimas que me han inducido a centrarme en la forma de vestir entre el principio y final de 1800, todo a lo largo de cien cumplidos años. Son de índole profesional muy arraigada, pero que resultarían apenas una nimiedad de no estar respaldadas —como exponía

folios ha— por la carga histórica de una sencilla familia mía (por parte paterna) de la que, incuestionablemente, sumiso con la vocación ancestral y los designios directos de mi progenitor, yo he heredado. A nadie podría yo engañar si vertiera aquí una sarta de actividades que conforman mi vida y mi espectro personal, porque de sobra es sabido en qué andurriales ha caminado uno por la vida. Hablaba antes de honras y de excusa, ésta de parlotear, para remontarme a tiempos que no conocí pero que, por la suerte de haber sabido escuchar de niño, hoy me congratulo de refrescar no sin haber perseguido hasta la saciedad alcaldías, juzgados, sacristías y hasta criptas catedralicias. De tal manera es un deber hablar de trapos —trapos varoniles— que sería o resultaría sacrilego haber hurtado la prioridad que seis generaciones, descansando en su paz eterna, me exigirían a gritos.

Si he de hablar de un compromiso que conozco y domino, éste de arropar al hombre y sólo al hombre, es por una razón tan curiosa como ésta: porque lo he mamado; porque antes, y mucho más antes que yo, lo han mamado los míos. No tengo pues, si he de remontarme a 1800 en adelante, otras fuentes de información que no sean las caseras. Ello me lleva a sentir una especie de rubor, de vergüenza, y una sensación suficientemente controlada de autopresunción. Pero tranquilos, porque sucintamente y con el verbo preciso, describiré aquello que no tiene alternativas si he de proseguir el curso del temario, si he de ser fiel con esta fontana de la que mana tan popular sabiduría sartorial. Para estar más desembarazado si cabe, me acordaré de aquella frase que un asturiano admiradísimo repitió hasta hartarse a su paso, largo paso, por Vitoria: «La falsa modestia es hipocresía», solía decir.

Con ese propósito de enmienda, me aventuro en el recordatorio de unos profesionales que, a partir de 1820, realizaron el prodigio de vestir a quienes requerían sus servicios. No era en la ciudad, sino en un ambiente rural, señorial pero rural, en donde comenzaron a desarrollar su trabajo artesanal. Era mi tatarabuelo, cuya familia, riojana del suroeste para más señas, fija su residencia en Treviana. El éxodo lo habían conocido también sus antepasados anteriores, pero durante doscientos años de estabilidad —y estamos remontándonos a 1697— el apellido había asentado sus reales en un burgo en el que todavía se expande, ramificadísimo, el apellido: Grañón, al oeste igualmente de Santo Domingo de la Calzada. Me apena la precariedad de las actas bautismales halladas anteriormente a 1820: en ellas, desgraciadamente, perdemos la pista a la forma en que los ancestros de todos nosotros ganaban el pan con el sudor de su frente. De ahí que, imperiosamente, el éxodo de la indumentaria que emprendo va parejo al de Benito, mi tatarabuelo como decía.

La moda era en Europa lo que era, y luego lo expondré, pero entre 1820 y 1870, año en que mi familia se establece en Vitoria, luego de mostrar un interés de progresión muy al uso entonces —el de ir a la capital a costa de lo que fuera—, las tendencias indumentarias que me interesan y el eco de la moda que pueda rebozarlas están centradas en el páramo, en la aldea, en los campos de labor con tanto apero rudimentario. Durante ese medio siglo, los míos vistieron no sé si a labradores de diverso rango, y entre ellos también a los adinerados, sino a «aquellas clases inferiores, libres de vestir a su manera, inmunizados ante la tiranía de la moda», como recordaba cuando hablaba de opiniones sobre la misma, refiriéndome a París. Hasta 1860, año en que mi bisabuelo fija su residencia en Laguardia, los sastres —que son los únicos hacedores de moda masculina, propiamente dicha— itineraban. Su taller, su probador y su botica, eran unos cuartos alquilados en cada uno de aquellos pueblos a los que iban, en caballerías, a hacer las campañas. Desde esta sublime experiencia, los tiempos trajeron costumbres más burguesas, dignificando poquito a poco, pero no mucho, una profesión artesanal que ha sufrido uno de los varapalos más terribles, y cuyos efectos verdaderos sonsacaré algún día a algún sociólogo.

No he de quedarme ahí, en la Rioja sureña, para hablar de lo prometido. Veremos qué incidencias tienen las distintas vertientes de la moda en el Continente, partiendo desde donde se dicta, prosiguiendo por la vasta jurisdicción continental, tanteando el país —justo al borde de la dominación napoleónica—, recalando en Basconia, en Vitoria igualmente, y mucho más en la rueda giratoria de pueblos y de concejos en los que las personas que he citado sudaron su camiseta de felpa.

DESDE LONDRES

Nos hallamos en el despertar de un nuevo siglo, en Europa, lejos de nuestro lar, al que muy someramente llegan ecos sobre el modo de vestir que impera en el continente. París prevalece como el centro de la moda femenina, en un arraigo difícil de arrancar y que llega hasta nuestros días. Sin embargo, la influencia inglesa se hace notar ya a finales del siglo XVIII en cuanto al traje masculino se refiere. La mujer inglesa abandona su moda insular, adoptando la francesa. Eso sucede tras el aislamiento que con doce años de duración, separa a Inglaterra de Francia, hasta que tras la primera abdicación de Napoleón, en 1814, fecha en que las damas inglesas acuden en tropel a París, éstas se dan cuenta de cuán importante y trascendental había sido, en ese mismo período, el distanciamiento y separación de ambas modas.

Son los franceses los que aceptan el dictado inglés en cuanto al traje suyo se refiere, tomándolo ya como norma imperecedera. ¿Qué es lo que ha sucedido? Los sastres ingleses, cotizadísimos, prestigiados pero muy hábiles igualmente, dominan un tejido con el que realizan, al coser un traje, el milagro de que asiente como una segunda piel. Es el «velarte de lana» que viene a sustituir a la seda fina y a otros tejidos más ligeros, con los cuales es impensable alcanzar tal grado de estirado y modelamiento hasta llegar al ajuste irreprochable del traje al cuerpo. Los sastres ingleses dan un vuelco histórico al concepto de traje masculino. El hombre de complexión bien abastecida, de dimensiones proporcionadas, resalta, aun vestido, sus formas reconocidas, desnudo y cara a cara ante el espejo, lo cual genera un movimiento cuyo eco está todavía entre nosotros. ¿Quién no oye, en la calle, que un hombre diga a otro, cuando es obvio que va de punta en blanco: «¡Oye, vas hecho un dandí!»? A veces, o muy de tarde en tarde, y curiosamente como mimetismo secular, brota en algunas personas esa frase hecha, esa resonancia, esa aparente verdad.

Coincide que durante el siglo XVIII —durante casi todo él además— la ropa de la aristocracia estaba por lo general muy mal hecha, no se ajustaba al cuerpo, provocaba enormes y feísimas arrugas, no estando allí el ilustre joven gallego que, no hace tanto —aunque no calculo con qué efecto positivo— sentenció que «la arruga es bella». Por una y otra razón: la fealdad del traje en el XVIII, y el descubrimiento del «velarte de lana», nace el «dandismo».

El personaje que más identifica la historia con este movimiento indumentario es George Brummel. Este mantuvo la esencia impecable del dandismo, su sobriedad extrema, hasta que en 1819 huyera al continente para escapar de sus acreedores. Desde ese momento los dandies empezaron a mostrar toda una serie de extravagancias. Hasta tal punto, que los caricaturistas de la época se burlaron de esta nueva moda, como por ejemplo en una publicación titulada «Las Monstruosidades», de 1822.

De arriba abajo, y describiendo con la premura y precisión a las que nos obliga el tiempo, el atuendo de un «dandí» —precursor incluso del atuendo actual— era el siguiente: chaqueta sin bordados y hechura que derivaba de la típica de caza, en tonalidades conjugantes con los colores primarios. La chaqueta del propio Brummel era siempre azul oscura, aunque combinada con un chaleco carmesí, por ejemplo, y pantalones amarillos; y un chaleco blanco con pantalones salvia y chaqueta negra. El chaleco era generalmente corto y de forma cuadrada. Durante el día, el «dandí» portaba calzones ajustados metidos por dentro de unas botas, pero por las tardes se alternaba con medias de seda y zapatillas. También hacía su intrusión el pantalón, a cargo de algunos especiales caballeros, pre-

cursor del que ahora es tradicional en el hombre. A un «dandie», se le reconocía no sólo por su silueta exterior, sino también por el apaño de su corbata. Se dice de ciertos «dandies» que podían pasarse una mañana entera entretenidos en el arreglo de su corbata. Hay una historia muy conocida sobre un cliente que visitó a Brummel a media mañana y se encontró a su ayuda de cámara componiendo una corbata. En el suelo había un gran montón de ellas, desechas, y cuando el visitante preguntó qué era aquello, el ayuda de cámara respondió: «Señor, esos son nuestros fallos». Y como en todo conjunto masculino, no faltaba en el «dandie» su tocado de cabeza, siendo el más usual, aunque en variadísimas formas, el sombrero de copa.

En 1837 se produce una transformación basada, tanto en la fémina como en el varón, en la modificación de las prendas románticas y llamativas, hasta entonces predominantes. Incluso el traje del hombre se hizo más sombrío y sobrio. El «frac» se llevaba tanto por la tarde como por la mañana, pero por las tardes era generalmente negro. Muchos jóvenes vestían por la mañana el antiquísimo —aunque actualizado— «redingote», cuya aparición data de 1725. En verano era sustituido, también en gente joven, por la chaqueta. El calzón pasa a ser atributo del labrador y el pantalón propiamente dicho se afina en las costumbres ciudadanas. El sombrero de copa había alcanzado una absoluta popularidad, siendo llevado por todas las clases sociales. Volviendo al calzón, en la Corte no se despojan de él, pero lo enriquecen al confeccionarlo en «cashemere» blanco. En invierno es asombrosa la variedad de abrigos que se utilizan, a diferencia de cualquier otra época pretérita o futura. Estaban el abrigo alto, el «top-coat», el «Chesterfield» —ligeramente entallado— y el «paletó», muy corto. El «curricle» para conducir y la capa sobre los trajes de noche.

El siglo avanza y, aunque en 1840 los «dandies» existían todavía, no deja de percibirse una sensible evolución en el vestir del hombre. A aquellos, los seguidores de Brummel, se les miraba como reliquias de una época anterior y remota. Quien primaba en la vida pública inglesa era el respetable burgués. Este rehuía la notoriedad y lo único que pretendía era poseer una apariencia elegante tanto en su despacho como en el hogar. Con este control de la finura y de la natural elegancia, el mundo de la moda varonil asiste a la desaparición de la extravagancia y del color en la ropa masculina, intención que culmina —y esto es lo más relevante— sin alteraciones a lo largo del siglo. Ya no era síntoma de empaque, de distinción o de elegancia portar algo de aspecto llamativo.

En los años 80, quien marca la pauta en el vestir no es otro que Oscar Wilde, convirtiéndose en adalid del nuevo «Movimiento para un traje racional». «Punch» satirizó esta indumentaria, especialmente la del «traje estético» masculino: unos

pantalones por la rodilla, chaqueta de terciopelo, una corbata suelta y un sombrero «despierto», entrecorbelladamente despierto. Oscar Wilde —que estaba asociado a los estetas y al «Movimiento del traje racional»— llevaba un traje igual al descrito.

Era 1881. La moda corriente masculina muestra pocos cambios con respecto a la década anterior. El «Frac» se lleva sólo por las tardes —adornado con puños y cuello de seda negra— y el «redingote» sobrevive por su uso en la ciudad durante el día. Los jóvenes exigen que la chaqueta acorte, con lo cual su denominación cambia: ya es llamada «americana», acepción actualísima en el presente. Los chicos de Oxford y Cambridge la popularizan, así como los chaquetones azules, de grandes solapas, para ser llevados en las regatas. La influencia del deporte está al caer, haciéndose muy comunes algunos de ellos con la obligación —por comodidad a la hora de practicarlos— de crear una nueva indumentaria. De entonces parte el traje de «cricket» y los «Blazers» de colores brillantes, lo mismo.

Una importancia capital adquiere el ciclismo, y permitidme que lo describa emocionadamente, con el corazón agradecido y empañado por el recuerdo. Este deporte se halla en una fase temprana: en la de las bicicletas denominadas «penny-farthing» (penique y cuarto: supongo que no por su precio). Cuenta con atuendo específico de pantalones ajustados hasta la rodilla, chaquetilla de aspecto militar muy ajustada también —¡qué molesta!— y una pequeña gorrilla. El ciclista verdaderamente distinguido lleva una corneta para advertir a los peatones de su llegada. Desgraciadamente para Inglaterra, Europa le da el esquinazo en este proyecto de moda ciclera. Alemania y Francia eligen la suya, por avanzadas en ese deporte igualmente.

La moda masculina es poco cambiante entre los 80 y los 90. Mantiene su rigor el «redingote», los trajes de calle se confeccionan en estameña azul o de dibujo «tweed». A veces se complementaban con un lujoso chaleco, y muy adornado según los gustos, y según configuraciones masculinas. La línea, pero principalmente la curva de la felicidad, empezaba a preocupar en los hombres orondos y a sus asesores de imagen: que ya los había ya. En 1890, la revista «Tailor and cutter» advertía: «Los caballeros con convexidad abdominal deben ser discretos en el uso de colores y dibujos estampados que suelen llamar la atención sobre parte tan romántica». No nos lo perdamos, porque los jóvenes atrevidos comenzaban a llevar los pantalones con vuelta. Y ¡os imagináis qué desvergüenza suponía doblar hacia afuera el bajo de los pantalones!. Lo sufrió en sus carnes, en 1893, el vizconde Lewishan, al aparecer en la Cámara de los Comunes con ese atuendo. ¡El escándalo que provocó!

También en 1893 los acontecimientos políticos influyeron en la moda. El gobierno francés se inclinaba a la alianza con Rusia. La Armada de esta potencia visita Toulon y, tres años más tarde, en 1896, el zar en persona fue de visita a París. Es el ocaso del siglo que yo he querido aventar y que en su última década, la de los 90, sufre un estimable cambio de valores. Aquella sociedad vieja y de moldes rígidos estaba iniciando su resquebrajamiento. Por un lado, los millonarios sudafricanos y otros nuevos ricos, asaltando las ciudades de la aristocracia; por otro, la gente joven respiraba un nuevo aire de libertad que se simbolizaba en la indumentaria de deporte y la extravagancia de sus trajes cotidianos, renaciendo con otras expectativas. Era algo incuestionable: la era victoriana tocaba a su fin.

EN ESPAÑA

Entretanto y a lo largo de esos cien años de predominación inglesa, en cuanto a moda de hombre hemos de referirnos, ¿qué aires de adaptación a aquella tendencia o qué personalización de nuestra propia moda hispana se producen en nuestra península? Goya, impresionante y excepcional testigo de su tiempo, nos ofrece a través de sus retratos las modas que se sucedieron en España a lo largo del último cuarto del siglo XVIII y principios del XIX, que es en el que pretendemos estar. Gracias a su pintura, Goya se convierte en un embajador de la moda (en aquellos tiempos). La incorporación de la moda masculina inglesa, nos es ofrecida con absoluta fidelidad en el retrato, por ejemplo, del Duque de Alba. Pero no solamente actúa de embajador, sino que, por medio de sus «cartones para tapices» o en su serie de «Caprichos», Goya instaura una moda que, paralelamente a la heredada de Inglaterra, alcanzaría una importancia suprema. Es la moda de los castizos trajes de Majos —y de Majas, no soslayemos a la mujer española—, salpicando a la aristocracia con una fascinación indisimulada, que les llevaba a vestirse también de esa guisa. Es curioso este atavío de la majeza castiza, por lo que tiene o tenía de expresión de masculinidad y de hombría. A un tiempo, se entrelazan este modo autóctono de indumentarse con el que pregonan y ostentan los llamados «petimetres» y a los que el pueblo, muy a la pata la llana, tildaba de «hombrecillos afeminados y sin sexo», por las casacas, chupas (especies de chalecos tan largos como aquellas), el calzón, los zapatos con tacón rojo y pelucas blancas. Vestir de majo, cuyas raíces residían en las gentes sencillas, era sinónimo de fuerza, de agigantamiento, de españolismo y de virilidad.

Antes de la Guerra de la Independencia, los hombres vestían ya a la moda inglesa, imperante en toda Europa. El atuendo empleado, por no pecar de reiterativo, era en su despiece el mismo que hemos descrito cuando mostrábamos el

panorama inglés durante igual período pero, siempre, y por razones obvias, llegando aquí con un justificado retraso. El caballero español distaba en parte del inglés, si se contrastaban grabados o figurines, tan escasos en la época. La personalidad o la sana anarquía conducía a nuestro hombre a llevar botas de montar sin tacón (sinónimo de elegancia), a generalizar el pantalón, ancho ya, y, al final del reinado de Fernando VII, incluso largo y con trabillas. No se descarta un espíritu romántico con lo que lo español vuelve a merecer la atención europea. Arraiga tanto la afición a las cosas de España que, en el continente, se imponen las modas castizas de nuestro país. El «majismo» que antes habíamos asociado a Goya traspasa nuestras fronteras. Los hombres, carentes de remilgos, se visten con la «capa española». En el transcurso del siglo, estando el romanticismo sintomatizando su ocaso, la capa española queda relegada a la clase media, cuando, paradójicamente, Eugenia de Montijo vuelve a poner de moda la mantilla en Francia. El empleo del casticismo, queda aquí como símbolo de protesta política, alteración que va pareja a la llegada de la dinastía extranjera de Amadeo de Saboya.

A finales de la década de los setenta llega a España —pero sólo para la fémina— la moda francesa que dura gran parte del último cuarto de siglo. Mientras, en el hombre, sobrio en el vestir, se generaliza el uso del «frac» —curiosamente esta generalización se había evidenciado en Inglaterra casi cincuenta años antes—, se incorpora la levita, acortándose la capa y naciendo, por imposición del propio Alfonso XII, la «americana» como prenda mañanera. El «frac» y el «smoking» (el cual no había sido mentado hasta este instante) son alternativas para ir de recepciones y de teatros.

Inexorablemente, la práctica del deporte empezaba a difundirse, influyendo, al igual que en otros países, en la forma de vestir. El propio Alfonso XIII estimuló la práctica de algunos de ellos, no siendo raro verle en revistas de la época jugando al tenis, patinando o practicando esgrima. Ello, sin ocultar sus estancias estivales en San Sebastián, centro de la moda veraniega al que acudía de la mano de Maria Cristina, su madre, reina y señora.

BASCONIA

En un movimiento circular que, sin ton ni son, sin advertida programación por mi parte me va a llevar a tratar la indumentaria en Basconia, expondré fiel a mi memoria, riguroso en el planteamiento, humilde en la selección de clases sociales, todo aquello que al ser resaltado incite, en quienes me escucháis, a la aprehensión no sé si de conocimientos, pero sí, al menos, de impresiones vitales en las que inexcusablemente se hallan los ropajes, el cubrimiento de la persona,

lo atildado, expresivo y personalizante del hombre de nuestra tierra, cohabitándola en un siglo tan sumamente histórico, recio y conmovedor.

Partimos, pues, de Vitoria, para hacer esta redada de recuerdos en los que tanto han de mediar la filosofía de nuestro pueblo, el latido de su corazón tan empuñado, el alarido de cíclicas carestías, la sombra de una dominación extranjera.

En 1.800, Vitoria es eco de las tribulaciones que padece el «solar ibérico», al que las cosas iban muy mal. España proseguía empecinada en estrechar sus vínculos amistosos y familiares con las Galias, y entre estos amores, que le cuestan la derrota de Trafalgar, y el odio que sobreviene durante la Independencia, Vitoria se entroniza en un siglo diferente.

Expresamente, al evocar la moda e indumentaria de la forma en que lo he hecho, me he ceñido a su más alto valor, a su más señero significado. Podría, incluso, haber dado la sensación de ignorar, expresa o tácitamente, a las clases sencillas, con sus apaños vestimentarios caseros, con sus atavíos humildes, con su propia y exquisita personalidad. Pero no, no ha sido así. Decididamente he deseado dejar para el final —como en los grandes banquetes sucede con el vino— lo mejor de mi cosecha. Por otra parte, no hay que olvidar que en los albores del XIX, Vitoria alberga al reinado de José Bonaparte en nuestra propia urbe, en ese sacrosanto Palacio de los Montehermoso, tan cercano de éste en que nos hallamos, miren por dónde, y que la moda que se luce —por los aristócratas, militares franceses y «afrancesados»— no deja de ser un imperativo elocuente, convirtiendo a nuestra ciudad en capital de aquella. Esa forma de vestir de la alta sociedad, de las clases interesadas —sobre todo en qué pueda pasar políticamente—, aparte de apasionarme escasamente, resultaría triplemente repetitiva. Me importa extraordinariamente más refrescar la memoria con aquella alusión del principio: «Las clases inferiores en pleno albedrío para vestir a su manera, sin sufrir la tiranía de la moda». Esa diferencia, aquí en Basconia, y en Vitoria y Alava fundamentalmente, va a poseer una personalidad muy acusada. Recuerdo aquí al historiador y entrañable amigo, Iñaki Linazasoro, el cual, sabiendo qué preocupaciones estaban alterando mi mente esta últimas semanas, me facilitó una pista muy certera y que viene a ser la clave, qué curioso, del resto de mi disertación. Resulta que en Tolosa, en una época del XIX y dentro de su encrucijada, cuando se producía alguna invitación a un acto entreverado —no muy social, no del todo popular, pero sí riguroso— los invitantes aconsejaban en la consabida esquila mensajera: «Se ruega ir vestidos de serio». Semejante advertencia denotaba, ante todo y sobre todo, la discriminación que creaba la propia elección de la ropa, habida cuenta de antemano la escala social a la que se pertenecía. Los historiadores han destacado tal diferenciación con la excusa del intrusismo

del hermano de Napoleón, en los preliminares del siglo, años 1808 al 1813. Una clara y contraria forma de ataviarse, denunciaba en plazas y calles de Vitoria, la libertad un tanto díscola del paisano de la Llanada, del conciudadano en suma.

Puede suponerse también que, dentro de las provincias hermanas, y consustancialmente en Alava, bien por el arraigo de hábitos en el vestir que significaban herencia directa de las familias, del estilo de los mismos pueblos y aldeas importantes, y de la idiosincrasia de determinadas congregaciones urbanas; bien por la casi nula presencia de medios de comunicación; o por esa barrera insalvable que creaban tres accidentes geológicos alaveses —la Llanada en su más amplia expresión; los Valles -Aramayona es su más claro exponente- y la vena acuosa del Ebro—, no va a homogeneizarse una determinada indumentaria que tipifique a todos sus habitantes.

Alava, Guipúzcoa y Vizcaya tienen ya para entonces —comienzos del XIX— un nexo en su costumbrismo y una cierta semejanza en la vestimenta según, sobre todo, la profesión, el cargo o dedicación a la que consagran su vida. Es una manera tanto de acercamiento entre los vascos, como de exigencia de eliminación de indumentos particularistas en grupos étnicos aislados. Digamos que Alava fue de las tres provincias consortes, la más tardía en adecuar el lujo a sus prendas —de hombre me refiero—, una pasión dominante en la época, que hasta muy entrado el siglo no invadió nuestro territorio. Este se mantenía asido a su tradición, sobrio y sencillo en sus costumbres inveteradas. Por ello no se había dado carta de entrada a la seda como tejido sinónimo de lujo, sino que seguían co-siéndose los trajes —perdonad que emplee el verbo coser, ya que era el que entonces se utilizaba— en puro paño o estameña, o en tejido de lana con la urdimbre y la trama en estambre. La parda estameña, conviene precisar, se usaba para el trabajo; y el negro, para las festividades. Ya a mediados de siglo, el hombre exhibía un indumento parecido en todo el territorio alavés, pero aportando en cualquier caso detalles especiales en cada comarca. Los campesinos colindantes con la zona riojana se cubrían la cabeza con un gorro redondo de paño o con un pañuelo; los aldeanos de la Llanada usaban ancho sombrero de fieltro y abarcas para las labores campestres; los que limitaban al norte con los valles vizcainos se presentaban con boina, y los que residían ten con ten con Navarra, se tocaban con el «zorongo» o pañuelo doblado en forma de venda, un tanto parecido al «cachirulo» de los maños. La alpargata con suela de cáñamo tiene un uso generalizado en verano.

A lo largo del primer tercio del siglo XIX Alava se impregna del sentido colectivista de la vida moderna —de ahí la uniformidad, y seguimiento de la moda por lo tanto—, renaciendo por contraste la simpatía por los trajes a la usanza

regional. Los grupos étnicos radicando todavía en parajes aislados alaveses, mantienen una indumentaria particularista: el hombre del valle no podía vestir como el de la montaña, ni el del llano —por muy cercano que estuviera de Gasteiz— al igual que los propios vitorianos. En cada uno de los casos citados, la geografía local imponía los medios de vida y las necesidades de que dependían las costumbres.

Sin abandonar la Llanada ni mucho menos la ciudad, hago una incursión por ella en la medida que mis fantasmas y mi fabulación me lo permitan. Estamos en 1822, y con cierto recelo acudo al Teatro Nacional —de sus cenizas emergió no otro teatro, sino el actual Banco de España— donde se ofrece una tragedia en la que había unos pasajes alusivos a la libertad y a la caída de la tiranía. La mayor parte del público, en patio de butacas y anfiteatro, son militares, aunque en el último se apreciaba una variada profusión de trajes, vestidos y modas. Sin embargo, el ruido del gallinero era insoportable y el olor a ajos absolutamente detestable; allí, muchas personas permanecían durante la representación con sus sombreros, pequeños y redondos, en la cabeza, envueltos en amplias capas. Su aspecto no era, en manera alguna, agradable para el que contemplase sus caras, de apariencia enfermiza, y sus facciones patibularias, a cuya sombría facha contribuían aún más sus oscuras barbas. Es un claro ejemplo de la libertad de las clases inferiores, compulsado en un lugar público. No puedo evitar que el perfume del gallinero —hedor más bien— me incomode como recuerdo y, aunque ninguna relación guarde con el tema que me ocupa, me traslado fugazmente a esa teoría del sociólogo, cuando aseguró, no hace mucho, que «si las personas remilgadas y bienolientes que ahora somos, retornáramos repentinamente al medioevo, moriríamos indefectiblemente al no poder soportar el hedor reinante». Perdonadme el lapso.

Las plazas públicas, como los teatros de los cómicos, son siempre un buen barómetro para medir costumbrismos, inclinaciones, concesiones, reflejándose en ellas lo heterogéneo de la concurrencia. En la de Vitoria —la Plaza Nueva— se concentra todo tipo de personajes pero, esencialmente, labradores sin trabajo con sus útiles al hombro para solicitarlo. Mujeres de sayas largas y ampulosas, pañolones a la cabeza y zuecos de madera en los pies; militares sin graduación o con capa o con abrigo de profusa botonadura, ambos tipos con su boina en remembranza a la de Zumalacárregui. Los hombres llevan colgada la chaqueta sobre el hombro izquierdo «como pelliza de húsar» hábito que chocantemente se repite en los varones de toda Basconia. Ciudadanos también con chistera y capa y curas con su teja, fielmente reproducida en su trazo por Carlos Sáenz de Tejada.

CRONICAS VIAJERAS

Desde 1813 a 1873, nada mejor que los viajeros capaces de escribir sus memorias para descubrirnos, sin esfuerzo alguno por nuestra parte, las tendencias indumentarias que imperan en las regiones que tocan. Por una sencilla razón además: la escrutadora retina que a uno le ampara cuando es medianamente observador, y viajero en demasía. Según dichas memorias, las coincidencias en el avío eran abrumadoras. Experiencias con el denominador común de la mujer, como sujeto excepcional en sus vivencias y apreciaciones. Estos viajeros, que no viajeras, sólo tenían ojos para las damas. Casi siempre según ellos eran «altas, lozanas, hermosas y luciendo habitualmente el mismo traje pintoresco», con lo cual corroboraban «aquella simpatía mantenida por la usanza de trajes y aparejos regionales». De las aldeanillas de los contornos próximos a Vitoria —la Llanada al fin y al cabo— también se rememoran halagos para aquellas. Dicen los escritos: «Llevaban la cabeza cubierta con bastos sombreros de paja, de alas anchas y, alrededor de la parte inferior de las copas, unos flecos —si se pueden nombrar así— hechos de pequeños cuadritos de algodón estampado de diversas clases y cosidos juntos. Muchas eran muy guapas y atraían los galanteos de los oficiales tanto como de los soldados». La utilización de trozos de diverso color nos introduce en esa práctica de recuperación —aprovechamiento de otras prendas en desuso pero que no se tiran— que tan ligada está a esa artesanía tan fastuosa de las «almazuelas».

De los hombres también se narran impresiones al ir allanando el camino. En 1834, nuestros visitantes ingleses se sorprenden del tipismo de un carrero al que imploran sus servicios. El traslado de toda su valija deben hacerlo en la galera de aquel, cuyo aspecto les induce a recordarlo en sus memorias. «Llevaba traje de terciopelo y sombrero «catite» en la cabeza...» Y en esa misma singladura, a escasas millas de aquella Vitoria, topan con un animado grupo de jóvenes, voluntarios «crístinos» vascos, con boinas como las escocesas y armados de fusil y bayonetas. Comerciantes y viajantes foráneos son reflejados por su forma de vestir en estos anales viajeros. Choca el contraste de su indumentaria, recordándolo así con su pluma: «Vimos sentado junto a nosotros a un aragonés, alto, con un capisayo no muy diferente de una chilaba o un capote griego. Se tocaba con una pequeña gorra de piel de cordero». También les sorprende la opulencia de un comerciante andaluz, vecino de mesa, que vestía así: «Chaqueta de piel de oveja con cierres de plata, pantalones ajustados hasta las rodillas, polainas de cuero, grandes espuelas de plata y un sombrero gancho». En el figón, había de todo como en botica: «Un joven estudiante de Salamanca —que qué haría allí— con su ropa, que habiendo sido nueva en alguna ocasión, presentaba aho-

ra varios rotos indecorosos y estaba tan gastada y rala que cualquier tormenta que le pillara en descampado daría seguramente con ella». Y también un mercader catalán ataviado de manera irrelevante. El último encuentro ocasional se produce a orillas del Zadorra, en marcha ya de la ciudad. El interlocutor es un ancianito que hace un alto en su tarea de hortelano en la rivera de nuestro río, en Abechuco: «Portaba una boina de lana —dice la crónica— que recordaba a las Highlands escocesas, una manta listada y abarcas en lugar de zapatos».

De 1835 damos un salto a 1846, año en el que otros visitantes testimonian lo que ven: «Labradores de Mendivil, Durana y Zurbano en los que como avío singular destaca la boina azul y las abarcas. Ellas, sus mujeres, al punto de la mañana revelan cansancio y ojerosidad». Del vestido de éstas, argumentan: «Están sufrido como su ocupación y lo único destacable es el pañuelo blanco que generalmente usan». En este año, sorprendentemente, el propio viajero es capaz de advertir lo siguiente: «Vemos cómo comienzan a dejarse atrás las características del atuendo vasco. El trenzado del cabello no es tan frecuente aquí entre las mujeres y algunas cubren su cabeza con pañuelos muy poco elegantes». El varón, por cómo lo expresan en su legado viajero, crece en elegancia: distanciándose de la peculiaridad masculina del indumento bascongado. «Algunos campesinos —se escribe— empiezan a verse tocados con sombreros de terciopelo, en punta y con herretes y, a veces, con escarapelas de color rosa o cintas sujetas en ellos. Las borlas son también muy corrientes. Se echa de menos el típico hábito de los monjes y frailes, pero los sacerdotes usan aún el manto de paño negro sin esclavina y un sombrero enorme como un serón, como el que caracterizaba a Basil en la célebre ópera de Beaumarchais...».

En 1873, Sir Nicolas Leon Thieblin es despertado de mala gana, cuando se reponía de las torturas de la diligencia en un cuarto del Hotel Pallarés. Los republicanos habían obtenido una gran victoria y arribaba a la ciudad un nutrido número de prisioneros. Las bandas atronaban, los caballos galopaban y los regimientos desfilaban. La visión de Sir Nicolas se centra en el Gobernador, brigadier González, cuyo porte es asistido por «un abrigo gris claro y un sombrero de copa».

BOINA, ABARCA Y FELPA

«Entre todas las voces con que el vasco actual designa a las distintas prendas de su indumentaria —escribió Arana Goiri— sólo tres hay primitivas y cuyo origen euskérico sea indiscutible. Tales son las siguientes: «abarkak» (abarcas); «prakak» (pantalones); «ator» (camisa de mujer y también enagua)».

Me ha parecido interesante recoger ese escrito puesto que, durante todo el siglo XIX, y desde principio a fin además, la «abarca» ha sido calzado popular, relevante e insustituible en nuestras gentes. Desoigo el resto de las prendas que se citan, para preponderar otros accesorios que han tipificado el vestir de la masa en nuestra tierra, tanto como la abarca: son la boina y la felpa, con todo lo que esta fibra entraña de interioridad, de pudor, de parco comentario en bibliografía alguna. Dedicar un corto espacio a cada uno de estos tres atributos masculinos, y más si puede ser explicado con relativo acierto, lo considero absolutamente complementario en una exposición que abarque el siglo que pretendemos.

De la boina, tocado tan polémico, tan controvertido y cambiante, hay mucho y sustancial que decir. Entre dos hitos históricos, que me empeño en no omitir, existe un largo rosario sepultado en la largueza de esos cien años que relataré todo lo fluidamente que sepa.

El primer hito al que he de referirme es éste: «Durante la primera guerra, las tropas cristinas, vistieron uniforme de influencia sobre todo francesa. Los soldados cubrían sus cabezas con «chacos» y los generales y algunos oficiales, lo hacían con el bicornio. Los reclutas que se iban alistando portaban distintivamente boina roja. Sin embargo, el general Espartero, se resistió a la introducción de cualquier boina en las filas de su mando. Tal fue su empeño en impedirlo que, en 1838, y en un bando dictado en su cuartel general de Logroño, argumentaba: «Habida cuenta que este distintivo —la boina— se ha introducido por manía o moda, y tendiendo sólo a la alarma y a la confusión... decreto lo siguiente: ... y aquí venía espaciado: la prohibición del porte de la boina; la multa de ochenta reales o dos meses de prisión al contraventor, convirtiéndose la cárcel en tres años de haber una tercera contravención; y un tercer artículo que comprometía a las autoridades a las cuales incumbía el cumplimiento de sus atormentadas órdenes. En la práctica, fue una alcaldada sin efecto, ya que nada pudo contra la fuerza de semejante tocado varonil.

El segundo hito está protagonizado en nuestra provincia, siendo la llamada «milicia foral de Alava» (el Cuerpo de Miñones actual) la protagonista de esta efemérides. Efemérides muy a resaltar porque, en el transcurso de su ya dilatada y ejemplar historia, la boina había sido —y es— uno de los elementos más característicos de su sobrio, elegante y arrogante uniforme. Se suprimía su uso en 1873, sin saber por qué —yo al menos confieso humildemente que no lo sé— para volver a ser restituído en 1911.

Ya en 1801, el filólogo y literato prusiano, Guillermo de Humboldt, la destaca a su paso por San Juan de Luz hacia Navarra, como extraño pero normalizado pertrecho de los hombres del país. En 1807, pasando revista MURAT a las tro-

pas de emboinados cazadores vascos, resalta la apostura que de sus figuras se desprende por el uso, militarizado, de una prenda que ha de considerar común, popular.

En 1835 surgen los celos en cuanto a la procedencia o paternidad de la boina. Por un lado aquellos se conceden a Escocia, de donde posiblemente y por mar se introduciría en Basconia; y por otro, hay también quienes —muy interesados en privarnos de su origen— argumentan que se utilizó sin interdependencia por pastores y campesinos rústicos de Europa unos dos mil años antes de Jesucristo.

En 1858, un indiano, Antonio Elósegui, instaló en Tolosa su famosa fábrica de boinas. El lugar de ubicación no fue casual, sino a posta. Tolosa era con sus alrededores un imperio artesano y doméstico de la boina, ya que en las casas, en bastantes casas, se tejían a mano para ser llevadas luego a una tintorería común, la cual y con su rudimentario obrador las convertía en rojas o azules, según dependiera; en negro no, porque ese era —también en la boina— color de luto. Elósegui industrializó la boina, pero perjudicó considerablemente a tanta «neskazarra» y anciana que, trabajando en hacerlas, ganaban unos reales a la par que amortizaban el gasto de su subsistencia. Es un dato curioso referirse a que, en Ezcaray, las boinas se confeccionaban ya en 1675; y otro, remontándonos a 1766, año en que los vascos retornaron masivamente a la boina tras un decreto ordenado por el Marqués de Esquilache, ministro de hacienda a la sazón, hecho argumentado en las siguientes e indesperdiciables palabras: «... es una especie de gorro que a nadie disfraza al ser únicamente un estilo de forro del sombrero mismo».

Pocos años después, en 1865, Alfonso XII —todavía Príncipe de Asturias— se presentó en Azcoitia y al asomarse al balcón del Ayuntamiento para contemplar el aurreku que se danzaba en su honor, se puso la boina, dato histórico del que no existe el mínimo vestigio fotográfico, una placa como se decía.

Comentan también que Carlos VII se calaba la boina con prestancia inimitable. Con txapela puesta, impresionaba tanto que, en una ocasión, en 1876, al haber elegido para sus rezos una iglesia de monjitas en Durango, éstas le pidieron la boina de recuerdo, pero al resistirse tan augusto personaje a tamaña complacencia, hubo, al menos, de ceder el borlón de oro con que la ornamentaba.

Y ya, como término a este salpicado secular hecho de anécdotas referentes a la boina, recordar cómo en 1887 la reina Madre con Alfonso XIII niño, al visitar la fábrica tolosana de Elósegui, viéronse sorprendidos por el alarde del recibimiento: nada menos que hubieron de pasar bajo un arco de honor formado con...

¡1.500 txapelas de once colores diversos!. Anecdóticamente también, Alfonso XIII, como en un juego infantil se colocó una boina azul, color que fue adaptado por la casa de Borbón.

Emociona recordar ahora la trascendencia histórica de nuestro País Vasco a lo largo de infinitos siglos. Uno desconoce, por su acusada limitación para poder saberlo todo, la influencia que se deriva de tan ancestrales atavismos. Y es al investigar sobre la abarca cuando me informo de su lejanísima utilización en nuestra tierra: en un documento ajado, escrito en francés y que traduzco sin pena ni dificultad. Por la convicción que no sólo se palpa en la transcripción de aquel, sino también porque se expresa con determinación, sabemos que la «abarca», todavía en su forma actual, debió ser empleada desde la primera civilización vasca conocida del paleolítico superior (francocantábrica).

El siglo XIX, posiblemente, y dando realce en sus prolegómenos al atuendo pastoril, es consustancial con el uso de la «abarca». La excusa, el complemento, la razón inequívoca de una identidad soberbiamente acrisolada en esa etapa del universo. En Basconia, valles y prados —orografía constantemente en lucha— son salpicados por la cabaña, por ese oficio como recurso de manutención y de sobrevivencia en que el pastor, como sujeto destacado, acredita la fuerza de su destino tanto como la posesión de un testigo de razonamientos existenciales poderosísimos.

Alava, a pesar de la variopinta exposición de trapos anterior, está muy consolidada, muy unida e identificada con este singular calzado. Y más, yo he advertido, en la primera mitad del siglo XIX. Sin querer, sino más bien porque estaba conscientemente abocado a ello, recupero aquí a mis antecesores vestidos de hombres pero, a decir verdad, de pastores en esencia. Gentes que poseían su ropa de faena e igualmente su alar festivo, su ropaje de gala. A ellos vistieron con toda seguridad mis precursores, sello con el que los míos han quedado estigmatizados.

Como dije, los balbucoos de mi estirpe, se dan al otro lado del Ebro a comienzos de este siglo. Tienen mucho que ver su gestación, crecimiento y experiencia profesional, con el baño que propina el río Oja, con la savia que succionan de aquella aguerrida tierra a la que tan unidas se sienten nuestras entrañas. Aquella zona concreta, en herencia pastoril, recibe trashumantemente tanto a una legión de pastores como a tendencias y costumbres de todo género, entre ellos la moda, en esas parameras tan arraigadas. De los campos sorianos que tanto hemos recordado ahora en la evocación de Antonio Machado, vienen hacia acá, deteniéndose en la balconada del Ebro, los gritos de sus pastores. Campo abonado para depositar su influjo: la Sierra de Cameros. Desde ella, asombrados por la pano-

rámica de su Rioja y de la nuestra, esos otros campos fértiles que dan el fruto de la vid como santo y seña de un vínculo bíblico.

¿Cómo visten y con qué escrúpulo esta gente? Los pies son protegidos por «abarcas» que, en principio eran de piel de vacuno o caballar. Van unidas al tobillo por la «zarria», o cinta de cuero que permite atarlas. Había dos tipos de «abarca»: uno, el castellano clásico y que la memoria de todos nosotros puede recordar; otro, con los costados alternados de picos, partiendo la «zarria» de cada uno de ellos. En verano, al primer modelo le hacían un orificio en la parte delantera, seguramente para la ventilación del pie, llevando las yemas de los dedos a la intemperie. Ese primer tipo coincide sustancialmente con el que calzaba nuestro pastor del Gorbea, habida cuenta que éste se asemejaba muchísimo, en el porte de la «abarca», al modelo báltico y lituano.

Ezcaray fue un núcleo industrial muy importante, en cuanto a fabricación de abarcas se refiere. La tradición popular nos recuerda la duración de este calzado, en una copla que tiene su origen, precisamente, en esta población riojana:

Las abarcas de pastor duran un año,
tres meses nuevas,
otros tres rotas,
otros tres con «rostras»
y otros tres, esperando otras.

Siendo los inviernos de entonces duros, la «abarca» debe ser alternada por calzado capaz de combatir fríos y humedades. El sustitutivo a aquella es, indistintamente, el «chancló» o el «champirango». Para acompañar a este calzado, las mujeres serranas tejen, con tres o cinco agujas, medias y calcetines hilados en lana merina, siguiendo el estilo de los pastores de las Landas francesas. Complementando este indumento, se usaban los «piales» —en el Gorbea, «txapiñas»—, que eran como bandas de lana obtenidas de extremos de pieza de tela, sobrante recuperado de los telares de pueblos textiles. En Ezcaray —que lo fabrica todo, según podemos comprobar— se elaboran los suyos típicos en paño de «buriel» en color pardo oscuro. Y ya en pleno invierno, cuando la nieve hace su aparición, las piernas se cubren todavía con unas pieles deslanadas que han de denominarse «angorras».

La «abarca» es insustituible en todo ceremonial. En el traje normal, usado por el pastor estante y por el trashumante lo mismo, la «abarca» acompaña a un calzón semilargo, chaleco y chaqueta todo ello en «estezado». Su cabeza va tocada por un gorro de «borra» o piel, y en épocas crudas se abriga con zamarra de pellico con la lana hacia afuera y a medio cortar. La manta, que ha sido la

protección más exterior del pastor, es ya el remate de su atuendo dicho de faena. Muchas de las mantas son confeccionadas también en Ezcaray. Hasta 1875 más o menos, era muy frecuente que usaran, para protegerse del frío y de la lluvia, el famoso «kapusai», prenda que portaba exactamente igual nuestro pastor del Gorbea.

En el traje de fiesta, la «abarca» de piel soporta una vestimenta más lujosa. Calzón largo y ceñido, de paño negro o pardo, con pretina y las bocas abiertas y unidas con un botón metálico de cadenilla. Chaleco de doble botonadura, zamarra parda o negra forrada en rojo fuerte, y media de punto blanca verticalmente estriada.

Sólo en la gala clásica, el pastor prescinde de la «abarca». Se sustituye por un zapato hebillado de plata, y de plata es también la botonadura que abrocha levita o chaquetilla, calzón corto en terciopelo negro... El mito de la sobriedad y pobreza se rompe con este último signo externo, habiendo de suponer que a mis antecesores les correspondiera «coser» muchos trajes de éstos, pastoriles y lujosos, llenando —pero sin atiborrar— sus arcas de duros de plata.

He dejado para el final, voluntariamente, una breve exposición sobre la felpa, ese tejido habitualmente empleado antaño para confeccionar la ropa interior, las mudas, y que partiendo de la lana o del algodón su misterio residía en que, la parte que entraba en contacto directo con el cuerpo, tenía que ser ligeramente cardada generando así una calorificación que supliera la obvia carencia de sistemas de calefacción en la época.

Durante siglo y medio fue tejido de moda, impuesto por la necesidad que apuntaba —los inviernos eran muy crudos además— causando furor, creando polémicas, siendo insustituible, y comentado su uso no tan pudorosamente como las leyes populares, tan retardadas en aquellos años, ordenaban. Puede asegurarse que durante todo aquél siglo, su uso fue generalizado. Más que uso, una verdadera expansión diríamos. Sin fronteras además. Su utilización suscitó polémicas, debates y controversias. Los efectos de la franela o de la felpa, pegadas siempre a la piel, preocupaban a los higienistas prácticamente desde la instauración de su empleo.

A mitad de siglo, en un espacio muy concretizado entre los años 1841 y 1855, fueron demasiado aireadas en Europa tesis o teorías sobre lo beneficioso o perjudicial de ese invento textil. Pero no sólo por lo que atañía a la salud del cuerpo, sino también del alma, como observaremos. Al desgranar tres líneas de criterio que dieron la vuelta a Europa cuando menos comprobaremos por qué he resaltado el ánimo, con lo poco que ésta tendría que ver en vestimenta tan escondida como la de la ropa interior.

Hubo un libro titulado «La medicina de las pasiones», publicado en 1841, en cuyo texto afirmaba su autor que la ropa de lana cardada, aplicada directamente sobre la epidermis, cumple la función de una fricción continua que acaba por atenuar la sensibilidad de la misma, y que contribuye de esta manera a «apagar el fuego de las pasiones». El autor, basándose en tales razonamientos, muy orientados hacia la terapéutica de la sensualidad, concluía: «Algunas comunidades religiosas han ordenado a sus miembros el uso de esta clase de prendas».

Tales teorías no tardaron en ser replicadas por un doctor, colega del anterior, que en su fundamental «Estudio sobre la acción de la franela sobre la piel», publicado en 1855, sostenía que dolencias como la neuralgia dentaria, el priapismo y el insomnio por poner unos ejemplos, se habían agravado en aquellos tiempos por culpa de la acción electrogalvánica que el pelo de la ropa ejercía sobre el organismo humano.

Una tercera línea doctrinal participó en este debate decisivo para la higiene de occidente, al que dedicaron sesiones científicas, becas y bolsas de estudio las grandes academias médicas y, sobre todo, la francesa. Se trataba de una tercera posición ecléctica pero no por ello moderada o indolente. En el tratado «Higiene vestimentaria», se aconsejaba que la felpa se utilizara por prescripción médica. Se rogaba a los doctores que recetaran las prendas íntimas peludas a las personas enfermas, convalecientes o ancianas, al necesitar aquéllas un caldeamiento suplementario asistido. Los tejidos afelpados, se decía en el libro: «equivalen a una fricción suave y continua sobre toda la superficie de la piel, y crean en torno del cuerpo una atmósfera, o un clima particular, que se convierte en la única fuente de calor de aquellos que no tienen medios para emigrar a países cálidos».

La hegemonía de las ideas de todos los defensores médicos de la camiseta de felpa en el momento clave de este debate histórico explica, por razones puramente higiénicas, la permanencia de esta prenda muy entrado el siglo XX, habiendo muerto por efectos de un mundo burgués dominado por la calefacción, el automóvil, las vacaciones, el deporte y los masajes.

Y como todo termina en esta vida, nuestro tiempo toca también a su fin. Ese reloj que no perdona y la propia autoimposición de quien os habla, que no desea excederse más allá de lo razonable y excusable, me invitan a cerrar mi carpeta. Me he escuchado también a mí mismo, dándome cuenta —ahora lo colijo— de cuán aventurero he sido en mi exposición, y qué rebelde, y qué partidista. La lengua, cuando se desata, y más en una persona vehemente, comete esta clase de diabluras. Han sido aspectos un tanto marginales de lo que puede ser considerado como argumento central y monográfico de moda. Pero he hablado de algo que fluye en mis venas con tanto calor como la propia sangre. Heredé —

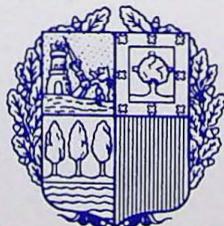
como decía al principio— ese amor por la belleza que dimana de un cuerpo, cualquiera que éste sea pero yendo bien vestido, pulcramente acicalado, exportando sobre todo calidad de vida interior.

Espero, de verdad, ser perdonado por tanta osadía, por tanto atrevimiento. Muchas gracias. Y, ahora sí, y en querido «petit comité», ESKERRIK ASKO!

TRABAJOS DE INGRESO PUBLICADOS

- 1.—«Un galeón vasco hundido en Bahía Roja» Amelia Baldeón Iñigo
- 2.—«Botánicos alaveses» Venancio del Val Sosa
- 3.—«La heráldica en Vitoria» Juan Vidal Abarca López
- 4.—«Música y Músicos en el País Vasco, hasta el siglo XIX» Emilio Ipinza Gil
- 5.—«El paisaje alavés y sus habitantes» José Ignacio Vegas Arámburu
- 6.—«Obra 1960-1980» José Gabriel Aguirre Alvarez de Arcaya
- 7.—«El hombre y el absoluto en diálogo, según el pensamiento de José Manzanana» Antonio Ortiz de Urbina Basabe
- 8.—«Wentworth Webster, vascófilo, fuerista y etnólogo» Rosa M^a Agudo Huici
- 9.—«Vicente Goicoechea en la renovación de la música religiosa» Sabin Salaberri Urcelai
- 10.—«Aportación para una historia crítica de la nueva canción vasca» Gorka Knörr Borrás
- 11.—«La Ilustración en Alava» Luis María Areta Armentia
- 12.—«Cien años de la vida vitoriana: 1883-1983» Luis Angel de Apraiz Oar
- 13.—«La fiesta, cauce y expresión de la comunidad» Cayo Luis Vea Murguía
- 14.—«Mateo de Moraza, fuerista y profeta en su tierra» José M^a Sedano Laño

- 15.—«El proyecto político de Alfonso X el Sabio y su repercusión en Alava» César González Mínguez
- 16.—«Las necesidades públicas y modo de subvenir las» Miguel Zurita Sáez de Navarrete
- 17.—«4 músicos en Tolosa: Vicente Goicoechea, Felipe Gorriti, Eduardo Mokoroa e Ignacio Mokoroa» Nemesio Bello Portu
- 18.—«Qué es ser comerciante» Ceferino Zulaica Beltrán de Lubiano
- 19.—«Lenguaje poético y arte» José Luis de las Heras Sánchez
- 20.—«Los vascos en Argentina» Javier Cameno González
- 21.—«Los libros en la Documentación del Occidente de Alava, durante la Alta Edad Media (Siglos IX al XII)» Saturnino Ruiz de Lóizaga Ullívarri
- 22.—«Dos siglos de prensa en Alava» Alberto Suárez Alba
- 23.—«Maestros de capilla y organistas de la colegiata y catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz» Rafael Mendialdúa Errarte
- 24.—«El vino de la Rioja Alavesa desde el siglo XVIII hasta nuestros días» Gabriel Chinchetru Fernández de Alegría
- 25.—«La comunicación: del Conde de Peñaflores a la Radio» María Cristina Fructuoso Ruiz de Erenchun
- 26.—«El barro» María Mercedes Vegas Aramburu
- 27.—«La vanguardia de los años sesenta: Escuela Vasca de Pintura» Joaquín Fraile Mariñelarena
- 28.—«Apuntes de la economía alavesa 1955-1975-1985» Carlos Hernández Ramírez



PATROCINADO
POR EL GOBIERNO VASCO